

j) Grado de aceptación social

El status del adolescente en el grupo de pares determina en grado considerable cuáles serán sus actividades recreativas. Si es bien aceptado tendrá muchas más oportunidades de participar en pasatiempos que incluyan a otra gente que el joven menos aceptado. Esto es bien ilustrado por la televisión. Si bien todo adolescente tiene afición por los medios de comunicación de masas, Coleman sostiene que la cantidad de tiempo en que aquél "permanece pegado a un aparato de televisión" es una indicación de su falta de popularidad. Y agrega:

Los que se encuentran en posiciones especialmente favorecidas no necesitarán escapar del mundo en el que se hallan, y recurrirán al mundo de los medios masivos menos a menudo. Por el contrario, los que ocupan posiciones particularmente desventajosas utilizarán a menudo esa vía para huir de un ambiente desfavorable... Cuando el sistema es incapaz de proporcionarle un status y de concederle la posibilidad de una autoevaluación positiva, el joven escapa muchas veces a un mundo donde no necesita enfrentarse con una autoevaluación negativa: el universo de los medios de comunicación de masas.

El líder que se siente seguro de su posición puede persuadir habitualmente a sus seguidores a que se dediquen a las actividades recreativas que a él le interesan.

El líder menos seguro, por el contrario, permite que sus seguidores decidan sobre las recreaciones de que disfrutará el grupo; no trata de imponer sus propios gustos por temor a comprometer su posición al frente del grupo. Marginados y trepadores emplean su tiempo de recreo en actividades que gustan a todos, vale decir sin tener en cuenta sus intereses personales. Sólo el aislado voluntario se dedica a los pasatiempos que prefiere sin preocuparse por el efecto que una actitud semejante pueda tener sobre su status.

4. RECREACIONES COMUNES DE LA ADOLESCENCIA

En la presente sección describimos algunos pasatiempos típicos del adolescente norteamericano. Todas estas actividades satisfacen ciertas necesidades de la vida del joven, si bien éstas varían entre una persona y otra y, en el mismo adolescente, de una época a otra. También hemos intentado evaluar los pasatiempos en función del grado en que satisfacen necesidades inmediatas y del de su contribución a la adaptación personal y social.

a) Conversaciones

En la adolescencia, la participación en juegos y deportes que requieren un gran esfuerzo físico es reemplazada por las reuniones informales y la conversación con amigos. En realidad, se trata de una de las maneras más populares de emplear el tiempo libre en la adolescencia. Muchos muchachos y chicas que en su infancia eran relativamente balbucientes se hacen muy locuaces en este período. Las conversaciones ayudan al individuo inseguro a sentirse seguro a través de la identificación con otra persona.

La importancia de la comunicación verbal con otros es puesta en evidencia por la tendencia del adolescente a monopolizar el teléfono familiar. Tan pronto como deja a sus amigos siente la necesidad de hacerles una llamada telefónica. A diferencia de las conversaciones de la mayoría de los adultos, estas conversaciones suelen ser interminables a menos que los padres impongan restricciones. Considerados como grupo, los varones hacen menos uso del teléfono que las chicas. Esto no obedece a que aquéllos se sientan más seguros y tengan menos necesidad de mantenerse en contacto con sus amigos, sino a que son menos restringidos en sus actividades y, en consecuencia, tienen más tiempo para las conversaciones cara a cara.

Ya sea que las conversaciones de los adolescentes sean directas o telefónicas, algunos de sus temas son bastante universales. No obstante, hay variaciones en asuntos favoritos según se trate de la adolescencia inicial o de la final.

Los silenciosos. Algunos muchachos y muchachas hablan muy poco cuando se reúnen con el grupo porque temen decir algo que dé lugar a la desaprobarción o al rechazo de los demás. Esto ocurre especialmente con los marginados y trepadores. La desaprobación grupal puede producir con rapidez sentimientos tan fuertes de inadecuación personal que el adolescente tímido se vea constreñido a rehuir las situaciones sociales. Es probable que entonces compense la incomunicación elaborando largas pláticas imaginarias. Otra forma de compensación es la redacción. En este caso, el adolescente expresa sus pensamientos y sentimientos en escritos voluminosos, y casi no le preocupa que alguno los descubra. También es posible que trate de dominar la conversación en el hogar. El joven que trata de acaparar toda la conversación durante la cena familiar quizás esté buscando una compensación por haber callado cuando estaba con sus amigos.

Hasta cierto punto, la conversación telefónica es una forma de compensación.

El adolescente que no se atreve a decir lo que piensa en una circunstancia social cara a cara tal vez halle el valor para decirlo cuando la otra persona es invisible tanto como él lo es para ella. Se cree que el uso del teléfono como medio de comunicación está estrechamente vinculado con un sentimiento de inadecuación personal.

Evaluación. Muchos adultos consideran que las conversaciones adolescentes son una pérdida de tiempo. Aunque reconocen el valor recreativo de la comunicación verbal, creen que es perjudicial en muchos aspectos. Suponen que jactarse demasiado de las posesiones y el status de la familia conduce a actitudes y valores distorsionados y puede estimular una actitud hipercrítica hacia los padres, los profesores y las personas que ejercen la autoridad.

Son relativamente pocos los adultos que se dan cuenta de que las conversaciones adolescentes constituyen una fuerza importante en la socialización en razón de que ayudan a los jóvenes a comprenderse a sí mismos y a sus contemporáneos. Lo que es más importante todavía, la gente joven, en sus conversaciones, tiene la oportunidad de comentar sus problemas de una manera libre y sin inhibiciones. Los adolescentes obtienen una nueva perspectiva y llegan a la conclusión de que los problemas que los afectan son análogos a los que encaran sus amigos.

b) Holgazanería

Pocas recreaciones son tan relajantes como "el no hacer nada", o sea el tiempo que se emplea en el ocio o en la inactividad física. La inacción es recreativa por cuanto el rápido crecimiento físico de la adolescencia inicial tiende a agotar la energía del individuo. Cuando el crecimiento se completa, la inacción deja de ser tan popular.

Sea que se practiquen en el hogar, en un lugar de reunión al que concurren los jóvenes o en una esquina ciudadana, es algo placentero para el adolescente. Es más agradable, sin embargo, si comparte la situación con amigos, pasará el tiempo conversando. Si se encuentra solo, soñará despierto, leerá, verá televisión, escuchará música o proyectará lo que va a hacer después.

Evaluación. Un poco de holgazanería satisface ciertas necesidades físicas y mentales. Sin embargo, cuando faltan oportunidades para diversiones más estimulantes, el tedio se apodera del adolescente. Puede sentirse tentado, al decir de Coleman, a "promover un poco de excitación". En algunos casos, esto puede tomar la forma de paseos sin rumbo fijo en automóvil o en motocicleta, o en el descubrimiento de un nuevo lugar para comer y conversar; en otros casos, puede significar el manejo de vehículos a velocidades prohibidas o el hallazgo de un lugar donde se sirven bebidas alcohólicas, se permite el consumo de drogas y se facilita la promiscuidad sexual. También puede significar la irrupción en una fiesta cualquiera, o la mera ronda de la casa o club donde se celebra la reunión con el objeto de ver qué sucede allí.

El adolescente solitario que se aburre cuando holgazanea puede dedicarse a ver televisión, a soñar despierto o a saquear el refrigerador de su casa, comiendo todo lo que halla disponible. Como dijo Bruch, muchos adolescentes excedidos de peso o definitivamente obesos son holgazanes solitarios.

c) Fiestas

Las fiestas constituyen una recreación satisfactoria por tres razones: primero, sirven para unir socialmente a los jóvenes de ambos sexos; segundo, les brindan la oportunidad de aprender y practicar aptitudes sociales que no se obtienen a través de las situaciones escolares y hogareñas; y tercero, son una medida del status social que indica a los demás que uno es aceptado por el grupo de pares.

El hecho de recibir invitaciones para fiestas tiene, para la persona favorecida, un gran valor como símbolo de status. Muchos jóvenes a quienes no se invita se sienten profundamente agraviados. Algunos reaccionan agresivamente irrumpiendo de todos modos en el lugar donde se celebra la reunión; otros deciden abandonar sus estudios. Los estudios revelan que las cuestiones sociales dan más motivo para la deserción escolar que el fracaso en los estudios. Cuando el status económico de la familia hace imposible que el adolescente concorra a fiestas estudiantiles, o cuando los padres no desean que sus hijos traigan compañeros al hogar porque ocasionan gastos, desorden o destrucción del mobiliario, el adolescente se siente a menudo tan fuera de lugar que se decide a buscar empleo y ganar dinero para poder asistir a las fiestas que dan sus pares.

Durante todo el curso de la adolescencia, son principalmente las chicas quienes sienten atracción por las fiestas, se encargan de los preparativos correspondientes y persuaden a los muchachos para que asistan a ellas. Las muchachas se interesan más que los varones por dos razones: primero, ellas maduran antes y prefieren participar antes en actividades sociales que suponen madurez; por lo tanto, se sienten más cómodas en estas reuniones; y segundo, ser visto en fiestas es un símbolo de status mucho más importante para las chicas que para los muchachos.

Evaluación. Si las reuniones han de satisfacer las necesidades personales y sociales de los jóvenes, deben cumplir tres criterios, a saber:

PRIMERO, el adolescente ha de poder descansar de las tensiones y esfuerzos experimentados en la escuela y en el hogar. Sólo lo puede lograr si la reunión es informal. Por ejemplo, el joven no desea usar vestimenta formal o comportarse según lo quieren los adultos. Esta es la razón por la cual una reunión que comienza siendo formal termina generalmente en la mayor informalidad. Los jóvenes bailan como les place, se sientan sobre el piso o en el porche para conversar y, para comer, juntan las mesitas individuales de manera de componer una mesa ininterrumpida ante la cual se ubican todos los asistentes.

SEGUNDO, el adolescente debe sentir que no tiene que esforzarse para ser reconocido y aceptado como miembro del grupo. La chica a quien le falta un compañero de baile y el muchacho incapaz de contar algo divertido disfrutan poco de la reunión en que se encuentran porque se ven aislados de las actividades de que disfrutan sus pares.

TERCERO, el adolescente debe sentir que ser invitado a una fiesta constituye el reconocimiento de su importancia y que, a juicio de otros, su presencia en ella es un símbolo de su pertenencia al grupo correspondiente. El valor simbólico de status de una reunión es limitado cuando el invitante es un compañero cuyo status es mínimo dentro del grupo mayor y si asisten a ella sólo aquellos que ostentan un status marginal.

d) Baile

La maduración sexual es acompañada del deseo de bailar con individuos del sexo opuesto. Durante el primer ciclo de la enseñanza secundaria, el

baile es la recreación favorita de las chicas y en menor grado, también de los muchachos. Al principio, el baile es practicado principalmente por las chicas mientras los varones forman un auditorio interesado. En la escuela secundaria, el baile es una de las recreaciones más populares y una actividad importante en las reuniones de adolescentes.

Para el adolescente mayor -ya sea que curse la universidad o esté empleado- ir a bailar es la forma de entretenimiento favorita.

La mayoría de las reuniones juveniles proporciona ocasiones para la práctica del baile; muchas escuelas secundarias y programas atléticos de universidades incluyen la enseñanza de distintas clases de danzas que van desde las vernáculos hasta las clásicas y las interpretativas. Los grupos formalmente organizados patrocinados por iglesias y comunidades también brindan oportunidades de bailar y de aprender a bailar. Sólo cuando el adolescente abandona la escuela o la universidad, y es demasiado mayor para los grupos juveniles de la comunidad, encuentra difícil hallar lugares para bailar en sus momentos de ocio.

Los que no bailan. En una cultura en la que se atribuye tanto valor a la capacidad de danzar, carecer de ella es un grave obstáculo para la aceptación social. El adolescente que no sabe bailar o no aprende a hacerlo por motivos religiosos o morales, porque considera que una pérdida de tiempo, o porque teme parecer tonto ante los demás, está en posición desventajosa en todas las situaciones sociales. Adquiere la reputación de ser un "pibe" o un "anticuado". Esto conspira contra sus posibilidades de entablar relaciones estrechas con otros de su propio sexo y del opuesto.

No bailar es un problema mayor para las chicas que para los muchachos debido al gran valor que ellas atribuyen a las citas y a las reuniones sociales. El varón que goza de prestigio a causa de sus aptitudes atléticas puede ser bien aceptado e invitado a fiestas aun cuando no baile. Mientras está allí, puede conversar con individuos de ambos sexos sin llamar la atención. Pero es probable que sienta conspicio y fuera de lugar, lo cual lo llevará a rehuir ese tipo de reuniones. Como consecuencia, su adaptación social no será tan ajustada como podría haber sido.

Evaluación. Como el baile satisface ciertas necesidades durante los años adolescentes, la capacidad de bailar afecta la clase de adaptación

personal y social del adolescente. El que no baila se priva de participar en una de las actividades favoritas de su grupo, circunstancia que lo hace sentir inadecuado e inferior.

Entre las necesidades personales que satisface la danza, una de las más importantes es el hecho de que brinda la oportunidad de liberar las tensiones emocionales acumuladas en los ambientes escolar y familiar. Para muchos adolescentes la catarsis emocional más eficaz proviene de un estilo de baile que, a juicio de los adultos, parece tan poco convencional como falto de gracia.

La necesidad de excitación también puede ser satisfecha por el baile en particular cuando se trata de un salón de baile apiñado en el cual se difunde música bulliciosa y donde un grupo de jóvenes halla placer en la mutua compañía. Muchos adolescentes expresan el deseo de ser creativos mediante la invención de pasos de baile o la modificación de los pasos convencionales. Otros se valen del salón de baile para satisfacer su deseo de llamar la atención y aprobación de los demás haciendo ostentación de sus aptitudes como bailarines y, en el caso de las chicas, de sus figuras.

Las necesidades sociales que se satisfacen por medio de la danza incluyen la aceptación por el grupo de pares, la autoconfianza y afirmación personal en situaciones sociales y la noción de pertenencia y de prestigio en grupos de pares compuestos de individuos de ambos sexos. El joven a quien sus pares definen como "buen bailarín" puede estar seguro de una reputación favorable que le abrirá puertas sociales que, de otra manera, le estarían vedadas. Esto es tan esencial para uno como para el otro sexo.

e) Juegos y deportes

Durante los dos primeros años del ciclo de enseñanza secundaria, los varones, abiertos a las impresiones de un ambiente antes desconocido, descubren que los atletas sobresalen como los héroes de la escuela. Al mismo tiempo, las chicas descubren que ser un atleta destacada acarrea escaso prestigio entre sus pares de ambos sexos. Estos descubrimientos influyen en las actitudes e intereses del joven adolescente y afectan sus actividades recreativas.

Según lo estableció Coleman, la mayoría de los varones que cursan estudios secundarios prefieren ser recordados como astros deportivos y no como estudiantes brillantes, mientras que a las chicas les

gustaría que se las recordase como populares entre los compañeros de clase de ambos sexos. Para los muchachos, el éxito en los deportes es un logro visible. También da prestigio a la escuela o universidad, en tanto que el éxito en los estudios prestigia principalmente al propio estudiante. Padres, profesores, miembros de la comunidad y los medios masivos refuerzan el prestigio de los deportes varoniles y, en gran medida, restan importancia al rendimiento escolar. Como los deportes femeninos son menos prestigiosos y no son tan celebrados, el interés de las chicas por ellos es mínimo.

Los varones que carecen de desarrollo físico o de capacidad para convertirse en participantes activos muestran su interés hablando de deportes y manteniéndose al tanto de los sucesos deportivos por medio de los periódicos, de la radio y la televisión. Como la asistencia como espectadores a los juegos escolares es una forma popular de concertar citas en la adolescencia media y final, por lo general las muchachas demuestran interés en las actividades atléticas de los varones.

El elevado prestigio asignado a ciertos deportes influye en la participación del adolescente. Si bien un muchacho podría preferir un juego menos prestigioso, lo cierto es que opta por el más prestigioso y se esfuerza por tener éxito en él. Lo mismo se aplica a las chicas. Los muchachos declaran que sus deportes exteriores favoritos son el fútbol americano, el béisbol, la natación y la carrera en pista, mientras que las actividades en locales cerrados que más les interesan son el básquetbol, la natación, el bowling y el ping-pong. Para las chicas, las actividades exteriores preferidas son la natación, el tenis y el patinaje sobre hielo, en tanto que las interiores son el básquetbol, el patinaje en pista y el ping-pong.

La máxima participación activa en deportes tiene lugar durante los años del ciclo de enseñanza secundaria. Los estudiantes universitarios cuya aptitud les permite jugar en equipos deportivos o dedicarse a competencias atléticas continúan considerando las actividades de este tipo como su diversión favorita. Los adolescentes que entran a trabajar después de cursar estudios secundarios carecen a menudo de oportunidades para dedicarse a deportes activos y, como consecuencia, se convierten en espectadores. En la adolescencia final, las muchachas muestran menos interés que los varones en los deportes tanto en calidad de participantes como de espectadoras. Su falta de interés se debe, en parte al menos, a las